

SARA Y LAS GOLEADORAS 5: LAS GOLEADORAS NO SE RINDEN

1. Un partido por sorpresa

Acababa de sonar el timbre que anunciaba el recreo, y Sara corría por los pasillos del colegio a toda velocidad. Se abría paso entre la marea de alumnos, asomándose a las clases, buscando a las jugadoras de su equipo. Tropezó con Ángela y Alicia, que salían del aula de 2ºA charlando animadamente.

–¡Oye, ten más cuidado! –protestó la primera.

–¡Sí, que pareces un tío, pedazo de bruta! –la secundó su amiga del alma.

–Lo siento –jadeó Sara deteniéndose junto a ellas–. Tengo que deciros... algo muy importante...

Las dos dieron un grito de emoción.

–¿Héctor quiere salir con una de nosotras? –aventuró Alicia.

–¿Vienen los Mystic Boys a tocar a la ciudad? –añadió Ángela.

–No, eso no puede ser, nos habríamos enterado.

–Ya, es verdad...

–¡No es nada de eso! –las cortó Sara con impaciencia–. ¡Es que mañana tenemos un partido!

Las dos la miraron como si estuviera loca.

–Estás de broma, ¿no?

–¡La liga no se reanuda hasta la semana que viene, lo dijiste ayer en el entrenamiento!

–Sí, pero ¿os acordáis del partido contra el Liceo que no pudimos jugar por culpa de la lluvia? –dijo Sara–. ¡Pues la

federación lo ha fijado para mañana! Así que a las once en punto quiero veros en el cole como clavos, porque si no...

La amenaza quedó en el aire, puesto que en aquel momento los móviles de Ángela y Alicia pitaron a la vez. Sara no se entretuvo con ellas: todavía tenía que avisar al resto del equipo, y debía hacerlo antes de que las demás chicas hicieran planes para el sábado.

Las Goleadoras habían acabado la primera vuelta de la liga interescolar en una posición neutra, ni al principio de la clasificación ni al final. Habían contado con que disponían de dos semanas libres antes del comienzo de la segunda vuelta, pero en el último momento la federación había notificado a David, su entrenador, que aprovecharían uno de esos sábados para jugar el partido que tenían pendiente. Sara se había enterado aquella misma mañana, al llegar al colegio, y había pasado las dos últimas clases mordándose las uñas, nerviosa, preguntándose cómo iban a preparar el partido con tan poca antelación.

Pero lo primero era avisar a todas las jugadoras. Vio a Fani junto a las taquillas y le gritó sin detenerse:

–¡Mañana a las once tenemos partido en el cole! ¡Pásalo!

Encontró a las demás en las gradas del campo de fútbol y se detuvo junto a ellas para recuperar el aliento.

–Eh, ¿a dónde vas tan deprisa? –sonrió Eva.

–Tranquila, que no hemos dicho nada importante antes de que tú llegaras –se burló Carla.

–Mañana... tenemos partido –pudo decir Sara por fin.

–Ya lo sabemos –respondió Mónica.

–¡Sí, sí, a las once en el cole contra el Liceo! –saltó Isa emocionada–. ¡Wiiiiii!

–¿Ya... ya lo sabíais? –balbuceó Sara con extrañeza.

Mónica alzó su móvil.

–Acabamos de recibir todas un mensaje de Vicky –explicó.

Sara se sintió muy tonta de repente. Naturalmente, nada más entrar en clase le había contado a Vicky, su mejor amiga, el asunto del partido, y le había hablado de la necesidad de informar a todo el equipo cuanto antes. Sólo que Vicky había sido, como de costumbre, más inteligente que ella, y en lugar de salir corriendo al sonar el timbre se había limitado a mensajear a todo el mundo. Sara se dio la vuelta y la vio acercarse tranquilamente por el patio, charlando con Fani, Ángela y Alicia. Decidió ver el lado positivo de la situación.

–Bueno –dijo–, al menos ya se han enterado todas.

–Jo, pues a mí no me hace gracia –suspiró Mónica–. Tenía planes para mañana.

–¿Habrás entrenamiento extra esta tarde? –preguntó Alex–. Yo también he quedado, pero puedo pasar de la gente y venir a jugar, ¿eh?

Sara esperó a que Vicky y las demás llegaran junto a ellas para responder:

–David me ha dicho que lo que queramos, pero que, si no nos vemos esta tarde, mañana habrá que venir antes, a las nueve y media o a las diez, para organizar la táctica y todo eso.

–La táctica será la misma de siempre –replicó Carla con un bostezo de aburrimiento–. Y yo voy a estar donde siempre: en la portería. Así que no necesito venir.

Sara le dirigió una mirada de enfado y se volvió hacia Vicky, que ya había sacado una de sus libretas. Entre las dos organizaron la votación, y finalmente se decidió por mayoría hacer un entrenamiento extra aquella tarde. Muchas lo preferían a tener que madrugar el sábado.

–Nos vendrá bien –trató de animarlas Eva–. No olvidéis que el Liceo es uno de los mejores equipos de la liga, así que

tenemos que esforzarnos.

De modo que aquella tarde casi todas las chicas del equipo se presentaron en el colegio después de las clases para entrenar. Pero, en realidad, no practicaron mucho. Después de un breve calentamiento y unos ejercicios básicos, David las reunió a su alrededor y estuvieron un rato hablando de qué iban a hacer en el partido del día siguiente. En cierto sentido, Carla tenía razón: no habría grandes novedades. A David le gustaba que sus pupilas disfrutaran jugando, que se lo pasaran bien en el campo, más allá de rivalidades o de competitividad. A veces era divertido probar cosas nuevas, y lo hacían, pero sólo de cara a partidos que parecían más sencillos, o cuando ya las habían practicado en los entrenamientos. Afrontar un partido difícil con una estrategia diferente, o que no controlaran todavía, sólo serviría para ponerlas nerviosas y hacerles sentir más inseguras que de costumbre.

–Sé que no esperabais que tuviésemos que jugar contra el Liceo tan pronto –concluyó–, pero seguro que lo haréis bien. Es verdad que es un buen equipo, pero también lo era el Montesol, y jugasteis un partidazo contra ellas, ¿verdad?

Hubo murmullos de asentimiento.

–Pues entonces no hay más que hablar. Mañana, jugad como sabéis y todo irá bien.

Al día siguiente, cuando Sara llegó al colegio ataviada con la equipación de las Goleadoras, descubrió, no sin sorpresa, que el campo de fútbol ya estaba ocupado.

Boquiabierta, contempló cómo los Halcones, el equipo masculino del colegio, mantenían un disputado partido contra otro equipo que vestía de verde y blanco.

Se sintió un poco incómoda. Hacía mucho tiempo que las Goleadoras no coincidían con los Halcones. El calendario estaba

confeccionado de manera que, cuando el equipo de chicas jugaba en casa, el de chicos lo hiciera en el colegio rival, y viceversa. Pero claro, reflexionó Sara mientras se dirigía a reunirse con sus amigas, lo de aquel día era una emergencia. Las Goleadoras tenían un partido pendiente, y sólo podían jugarlo uno de los fines de semana de descanso antes de la segunda vuelta. Pero en la liga de chicos, en la que participaban más equipos, no había semanas de descanso entre la primera y la segunda vuelta, así que los Halcones jugaban todos los sábados. Y aquél, en concreto, les había tocado coincidir.

–¡Hola, jefa! –saludó Isa cuando la vio–. ¿Has visto? ¡El campo está ocupado!

–¡Síiii, están jugando los Halcones! –suspiró Alicia con los ojos brillantes.

–¡Ojalá hubiéramos venido antes! –se lamentó Ángela–. ¡Así habríamos podido ver el partido desde el principio!

–¿Con lo poco que os gusta madrugar? –se burló Alex–. ¡No me creo que os hubierais levantado antes para venir a ver un partido!

–¡Por los Halcones, lo que sea! –replicó Alicia, muy digna.

Carla hizo como que le entraba una arcada, e Isa se echó a reír. Vicky las llamó al orden:

–Un poco de respeto, ¿eh? Tampoco es tan mala cosa apoyar a los Halcones.

–¿Cómo que no? –gruñó Alex–. ¡Qué pronto te has olvidado de que son el enemigo!

–Sólo son el equipo masculino –replicó Vicky–. Todos representamos al mismo colegio, así que no tiene sentido que nos peleemos a estas alturas, y yo no pienso entrar en una estúpida guerra de sexos. Sería tirar piedras contra nuestro propio tejado.

–Vale, estaré de acuerdo contigo cuando esos orangutanes nos valoren como equipo con los mismos derechos que ellos –declaró Mónica–. No antes.

–Pero no todos son así –dijo Sara–. Y bueno, la verdad es que la opinión de gente como Lucas y Mateo debería importarnos bien poco.

–¿Por qué estamos hablando de los Halcones todavía? –protestó Carla–. ¡Quienes deberían preocuparnos son las jugadoras del Liceo! Vamos a jugar contra ellas y no contra los chicos, ¿no?

Pero era evidente que algunas, especialmente Julia, que era muy tímida, estaban preocupadas.

–Tranquilas –dijo Sara–, el partido de los Halcones estará a punto de terminar. Después se irán a casa, jugaremos nosotras y ya está.

Pero las cosas no salieron exactamente como ella había predicho. Para empezar, los Halcones ganaron su partido por un apabullante cuatro a uno, lo que motivó que se fueran a las duchas celebrando su victoria escandalosamente, muy satisfechos de sí mismos. «Como pavos reales», murmuró Mónica cuando los vio marcharse.

Sara miró el reloj. Eran las once menos cuarto, así que no tenían mucho tiempo para calentarse.

–Andando, chicas, que tenemos trabajo –las apremió.

Momentos más tarde, y bajo la supervisión de David, que acababa de llegar, las Goleadoras trotaban en torno al campo de fútbol. Las chicas del Liceo también habían aparecido hacía un rato, y los chavales del club de fans de las Goleadoras habían ocupado su lugar habitual en las gradas y desplegaron la nueva pancarta que habían confeccionado para la ocasión. Decía:

«EN FÚTBOL Y HASTA EN BOXEO

GANAREMOS A LAS DEL LICEO»

Se notaba que el cartel lo habían hecho de prisa y corriendo. No era de extrañar, pues se habían enterado de la fecha del partido la tarde anterior.

–No me gusta la pancarta –le dijo Vicky a Sara mientras calentaban–. Parece que estamos incitando a la violencia.

–Bueno, el boxeo es un deporte...

–Ya, pero tal y como está puesto, parece que amenacemos con liarnos a tortas. Y ya sabes que Alex no necesita que se lo digan dos veces.

–Es una forma de hablar. Supongo que no hay muchas palabras que rimen con Liceo...

–¡Claro que las hay! –replicó Vicky–. «Mareo», «balanceo», «apogeo», «carraspeo»...

Sara iba a desafiarla a que inventara una rima de apoyo al equipo que incluyera la palabra «carraspeo» cuando su atención se vio atraída por lo que sucedía en las gradas: algunos de los chicos del equipo masculino se habían sentado allí con la intención, al parecer, de quedarse a ver el partido de las Goleadoras.

–Oh, no –murmuró, deseando que las demás no se dieran cuenta.

Pero no tuvo suerte. Ángela y Alicia ya miraban a los chicos de reojo, soltando risitas disimuladas, y Julia había bajado la cabeza, roja como un tomate, para que el pelo le tapara la cara. Mónica, por su parte, lanzaba a los Halcones miradas de enfado, como desafiándoles a que hicieran un solo comentario machista, mientras que Alex les hizo a los gemelos un gesto de amenaza, pasándose dos dedos por el cuello, para recordarles que, como se pasaran de la raya, tendrían que vérselas con ella.

Sara pensó en la última vez que los Halcones habían ido

a verlas. Se habían colado en el solar donde entrenaban y se habían burlado cruelmente de ellas porque muchas de las chicas aún no sabían jugar. Ahora, sin embargo, parecían estar más contenidos. Quizá el hecho de estar en un partido oficial y de tener tan cerca al ruidoso club de fans de las Goleadoras los invitaba a comportarse de manera más formal. O tal vez fuera que las chicas por fin parecían un equipo de verdad y jugaban partidos de verdad. En cualquier caso, a Sara le pareció que en la actitud de los Halcones había más interés que ganas de fastidiar.

Pero no pudo seguir reflexionando sobre el tema, porque el partido estaba a punto de empezar. Tras los trámites de rigor, ambos equipos ocuparon posiciones en el campo y el árbitro pitó el comienzo del partido.

Las Goleadoras hicieron el saque inicial y se prepararon para tratar de llegar a la portería contraria. Pero no habían terminado de ponerse en situación cuando una de las delanteras del Liceo se lanzó de pronto al ataque y cortó el pase de Vicky a Eva.

Fue tan repentino que las Goleadoras apenas tuvieron tiempo de reaccionar. En menos de dos minutos las jugadoras del Liceo, que hasta entonces habían parecido algo aburridas y casi somnolientas, se despejaron y tomaron la iniciativa con autoridad. Con una serie de rápidos pases superaron la primera línea del equipo rival y enfilaron hacia la portería defendida por Carla, que saltaba de nerviosismo.

–¿Qué hacéis, qué hacéis? –protestaba–. ¡Paradlas, que van como motos!

También David gritaba instrucciones desde la banda. Desesperadas, las Goleadoras se replegaron para tratar de detener el ataque de las chicas del Liceo.

Pero ellas jugaban demasiado bien.

Corrían rápidas como el viento, regateaban a sus contrarias con insultante facilidad y sus pases eran tan precisos que era casi imposible cortarlos. Eran un equipo fuerte, seguro y muy compenetrado, y Sara pensó que las habían subestimado; ello se debía a que el día previsto para el partido, que había amanecido lluvioso, las jugadoras del Liceo habían sido las primeras en decidir que no querían jugar. Sara recordó de pronto que sus resultados en la liga estaban siendo muy buenos por el momento: iban las primeras, por delante del Montesol, a quien habían considerado hasta entonces el equipo más fuerte.

Pero parecía claro que las chicas del Liceo eran aún mejores.

Sara trató desesperadamente de alcanzar a la jugadora que llevaba el balón. Vio que regateaba a Fani sin muchos problemas y que también dejaba atrás a Isa, que le ponía mucha voluntad, pero aún no sabía jugar muy bien. Sara se preguntó dónde estaría Julia, que era la mejor defensa que tenían, y recordó de pronto que se había quedado en el banquillo; lo había preferido así porque la presencia de los chicos en la grada la ponía nerviosa.

Alex le salió al paso a la jugadora del Liceo. El regreso de Eva a la delantera había devuelto a *Terminatrix* a la defensa, y Sara cruzó mentalmente los dedos, deseando que pudiera detenerla.

Y Alex lo intentó. Era una jugadora fuerte y dura, pero no demasiado rápida. La chica del Liceo hizo una finta y la dejó atrás.

Alex metió la pierna de todas formas, tratando de alcanzar el balón, sin conseguirlo. Su rival cayó al suelo, pero antes se las arregló para pasar la pelota a una compañera desmarcada. El árbitro no pitó falta para no romper la ventaja que tenía el equipo agraviado.

Ahora, sólo Dasha y Carla se interponían entre la jugadora del Liceo y la portería de las Goleadoras. Dasha era una jugadora muy buena y no sería tan sencillo sobrepasarla; sin embargo, la chica del Liceo ni lo intentó: Sara, Eva, Ángela y Alicia le pisaban los talones, de modo que, sin pensárselo dos veces, chutó a puerta.

Sara se detuvo en seco, con el corazón a punto de salirse del pecho.

El lanzamiento de la delantera del Liceo fue alto y potente, desviado hacia la derecha, para que Carla, que cubría el lado izquierdo de la portería, no lo alcanzase. Sara deseó con todas sus fuerzas que el balón saliese fuera, pero no hubo suerte: Carla no pudo despejar el tiro, que entró entre los dos palos en un gol magnífico que puso al Liceo por delante en el marcador.

Aquello fue como un jarro de agua fría para las Goleadoras. Mientras sus rivales celebraban el gol (con poco entusiasmo, como si lo que acababan de hacer no fuera nada del otro mundo), Sara y sus amigas regresaron a sus posiciones con la cabeza gacha, sin atreverse a mirar a las gradas, desde donde las observaban los chicos.

Sara miró el reloj: no llevaban ni diez minutos de partido y ya perdían por un gol. Pero lo peor no era eso; después de todo, un gol se podía remontar. No, lo peor de todo había sido aquella sensación de impotencia, de verse desbordadas ante un equipo que era mucho mejor que el suyo, y con diferencia.

Angustiada, Sara volvió la vista hacia su entrenador, pero él le indicó con gestos que se calmara. Aún quedaba mucho partido por delante.

Aquello era cierto, pero Sara no las tenía todas consigo.